

# La noche de la luna roja

ANA ALCOLEA

Ilustraciones  
de David Guirao





# La noche de la luna roja



ANA ALCOLEA

# La noche de la luna roja

Ilustraciones de David Guirao

**edebé**

© Ed. Cast.: Edebé, 2022  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41  
contacta@edebe.net

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte  
*Editora de Literatura Infantil:* Elena Valencia  
*Coordinación de Producción:* Elisenda Vergés-Bo  
*Diseño de la colección:* Book & Look

1.<sup>a</sup> edición, febrero 2022

ISBN: 978-84-683-5560-3  
Depósito legal: B. 17959-2021  
Impreso en España  
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

# Índice

Capítulo uno .....	7
Capítulo dos .....	15
Capítulo tres .....	23
Capítulo cuatro .....	33
Capítulo cinco .....	43
Capítulo seis .....	53
Capítulo siete .....	59
Capítulo ocho .....	65
Capítulo nueve .....	71
Capítulo diez .....	77
Capítulo once .....	85
Capítulo doce .....	93
Capítulo trece .....	101
Capítulo catorce .....	111
Capítulo quince .....	119
Capítulo dieciséis .....	129
Capítulo diecisiete .....	137

Capítulo dieciocho .....	145
Capítulo diecinueve .....	149
Capítulo veinte .....	155
Capítulo veintiuno .....	161
Capítulo veintidós .....	169
Capítulo veintitrés .....	179
Capítulo veinticuatro .....	187
Capítulo veinticinco .....	195
Capítulo veintiséis .....	201
Capítulo veintisiete .....	209
Capítulo veintiocho .....	215
Capítulo veintinueve .....	223

## Capítulo uno

Cada vez que veo luciérnagas, me acuerdo de lo que mi hermano Quique y yo vivimos durante el último verano que pasamos en el pueblo.

Siempre me habían gustado las luciérnagas: luces intermitentes que flotan en el aire algunas noches de primavera y de verano. La primera vez que las vi, pensé en las hadas de los cuentos que leía de niña: las hadas siempre eran guapas, tenían una cabellera larga y rubia, y llevaban una varita mágica de la que se desprendían minúsculas estrellas luminosas que eran mecidas por el viento. Según soplara el viento del este, o el viento del oeste, iban hacia la izquierda o hacia la derecha. Si el viento venía del norte o del sur, se movían hacia abajo o hacia arriba.



—Pero las luciérnagas salen cuando no hay viento —me dijo un día la abuela—. Si no, el viento se las llevaría lejos y no podrían conseguir su propósito.

—¿Y cuál es su propósito, abuela? —le pregunté, sin saber muy bien lo que significaba aquella palabra.

—Son los machos los que tienen luz, y con ella buscan atraer a las hembras.

—¿Y eso por qué?

Y ahí la abuela se quedó callada porque no supo qué contestarme. Debió de pensar que era demasiado pequeña para entender la explicación.

—Y si son los machos los que tienen luz, ¿por qué no se llaman *luciérnagos* en vez de luciérnagas?

Y la abuela, que sabía muchas cosas y me contaba muchas historias, tampoco supo qué contestar. Así que no pregunté más.

Aquel verano vino también Quique al pueblo. Él vivía con papá y yo, con mamá. Lo había decidido así un juez, porque mis padres no

se ponían de acuerdo con la custodia compartida. Yo entonces tampoco sabía lo que era la *custodia*.

—La custodia es lo que hay en la iglesia para guardar la hostia consagrada —nos explicó la abuela—. No sé por qué tienen que llamar así a eso que pasa cuando una pareja se separa y uno, o los dos, se tienen que hacer cargo de los hijos. La custodia es algo sagrado.

—Mamá dice que no se debe decir «hostia» —le dije yo.

—También es sagrado que los hijos estén con sus padres —replicó Quique, que últimamente hablaba poco.

Y los tres nos miramos sin saber qué decir. Pasaba a menudo eso de quedarnos callados, porque había cosas para las que no teníamos explicación. Quique vivía con papá, salvo los miércoles y fines de semana alternos, que se pasaba a la casa de mamá. Y yo vivía con mamá, salvo los miércoles y fines de semana alternos, que me pasaba a la casa de papá. Así que mi hermano y yo nos veíamos en las

puertas de las casas de papá o de mamá, en el colegio durante los recreos, y en algún acontecimiento excepcional, como cuando se casó la tía Tere, cuando hicimos la Primera Comunión, o en los cumpleaños del abuelo Tomás, al que le gustaba reunir siempre a toda la familia.

Y también aquel tardío verano en el que papá se volvió a casar y después de la boda nos mandaron a los dos al pueblo, mientras mamá se retiraba a un balneario para asimilar la noticia entre chorros de agua caliente y masajes en los pies, y papá se iba con su nueva esposa de luna de miel al Caribe, a una playa de arena blanca y palmeras altísimas.

—Ojalá se le caiga un coco encima y le rompa la cabeza a esa lagarta —dijo la abuela cuando le enseñamos una foto que había mandado papá por WhatsApp.

—Abuela, no seas mala —le contesté.

—Papá siempre comenta que eres una bruja —replicó Quique.

—¡Qué sabrá él de brujas! —exclamó la abuela.

—¿Y tú, abuela? ¿Tú sabes mucho de brujas? —le pregunté.

—Os podría contar muchas historias que nunca creeríais. Y os podría llevar a lugares cuya existencia nunca sospecharíais.

—Llévanos, abuela, llévanos —le pidió mi hermano, casi siempre entusiasmado ante todo lo que pudiera resultar peligroso y misterioso.

—Ya estoy vieja, chicos. Si tuviera... algunos años menos, las cosas serían diferentes.

—¿Qué cosas? —le pregunté. A veces escuchaba a la abuela extasiada, como si algo en su voz me raptara y me llevara a algún espacio fuera de donde estaba. Incluso fuera de mi propio cuerpo.

—Las cosas —contestó sin dar más explicaciones.

Y siguió haciendo la comida. Con una enorme cuchara de madera daba vueltas y más vueltas a un potaje que se iba cociendo lentamente. Mientras, Quique jugaba al ajedrez con una aplicación en su *tablet*, y yo miraba

las fotos que mandaba papá de más allá del océano.

—No sé qué ves de divertido en jugar con una máquina.

—Lo mismo que tú en hacer lo que haces.

—Yo miro fotos de papá.

Se encogió de hombros. Le daba igual lo que yo hiciera o dijera. Hacía dos años que no vivíamos juntos y, aunque en el colegio él era el primero en defenderme, a pesar de ser más pequeño que yo, la distancia había ido empequeñeciendo nuestra relación hasta convertirla en un hilo sutil capaz de romperse en cualquier momento. Él tenía siete años y yo, once. Éramos hermanos, pero apenas teníamos en común nada más que la sangre que corría por nuestras venas. O al menos, eso creía yo...

Mientras la abuela salía al patio a recoger un limón del limonero que había plantado con el abuelo cuando nació mi madre, me entró otro wasap de papá:

Se ha caído un coco de una palmera justo encima de la cabeza de Vanesa y nos vamos a que le pongan unos puntos en la enfermería.

Volví a leer el mensaje. No podía ser. ¿Se le había caído un coco encima a la mujer de mi padre, como había deseado la abuela?

—Quique, mira, mira.

—Déjame, pesada, que estoy pensando cómo cargarme a ese caballo que amenaza a mi alfil.

—Que se ha caído un coco en la cabeza de Vanesa —le expliqué.

—Que me da igual. Que voy a perder el alfil. ¿Qué dices? —Una vez que ordenó en su cerebro mis palabras, se dignó a mirarme y a conectarse con la realidad.

—Lo que has oído.

—Pero eso es lo que había dicho la abuela, ¿no?

—Sí —le contesté un tanto perpleja ante semejante casualidad.

En ese momento entró la abuela con el limón en la mano, amarillo, reluciente y redondo como un sol. Brillaba en su mano igual que el cetro de un rey, y lo blandía como si fuera una bola mágica de esas en las que las brujas ven el futuro. Era tan grande que parecía un coco. ¿Un coco?

—¿Qué os pasa? Os noto circunspectos.

Yo no sabía qué quería decir aquella palabra, pero no pregunté. Me limité a enseñarle el texto del wasap en mi móvil.

—Vaya. Pobre —dijo sin variar ni la expresión de su cara ni el tono de su voz.

—Abuela, que se le ha caído un coco, que es lo que justo antes habías deseado que pasara.

—A veces ocurren esas cosas —dijo, mientras colocaba el limón en la encimera, sacaba un cuchillo de un cajón y de un tajo lo cortaba en dos mitades perfectas—. ¿Os habéis dado cuenta de lo bien que huelen los limones?